

los viajeros de gusto exquisito y delicado (1). Pero como conjunto, la residencia de la Cabeza suprema de la Iglesia, «este mundo en pequeño», «la patria de todos» (2), por su pasado del dominio de la historia universal, sus santuarios, sus tesoros artísticos y la extraña mezcla de ruinas y edificios de la antigüedad, de la edad media y del Renacimiento, por la seria grandeza de sus inmediaciones, como también por la composición cosmopolita de la población, que aflúa de las más diversas regiones al centro del mundo católico, era un lugar al cual ningún otro del mundo igualaba.

Una porción de fuentes históricas de diverso género hace posible el procurarse un cuadro aproximado del estado de la capital del mundo, la cual durante el largo y tranquilo reinado de Paulo III se había levantado de la terrible catástrofe del año 1527, y con la mejora de las condiciones higiénicas, el embellecimiento de las calles y el despertamiento de una viva actividad en edificar, había tomado un nuevo vuelo, que se continuó en el pontificado de Julio III (3).

Además de los italianos Leonardo Bufalini y Ulises Aldrovandi, hay principalmente dos hombres de origen alemán, a quienes debe la posteridad un exacto conocimiento de la Roma del siglo XVI. Fué el uno Martín van Heemskerck, discípulo de Juan van Scorel, quien, como tantos otros paisanos suyos, fué a la Ciudad Eterna en 1532 por causa de sus estudios, y permaneció allí hasta 1535 (4). Heemskerck aprovechó con mucha diligencia su estancia en Roma. De sus esbozos y dibujos se ha conservado

(1) Mocénigo-Albèri (p. 34) hace resaltar expresamente, que la ciudad en general no parecía muy hermosa.

(2) Cf. Mocenigo-Albèri, 31. V. también el pasaje citado por Reumont en el Arch. stor. ital., Ser. 3, IX, 80, del convenio entre León X y Carlos V (*Urbe quae semper communis patria est habita*). En la sepultura de un prelado transilvano, muerto en Roma en 1523, la que se hallaba en S. Stefano Rotondo, se leía: *Natum quod gelidum vides ad Istrum—Romana tegier viator urna—Non mirabere, si extimabis illud—Quod Roma est patria omnium fuitque* (Forcella, VIII, 209).

(3) Además de Amasaeus, *Oratio in funere Pauli III P. M.*, Bononiae 1563, y Modio, *Il Tévere*, Roma, 1556, 7, cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 453 ss. Sobre la subida de los precios en tiempo de Paulo III, v. Lütolf, *Guardia suiza*, 32. Navagero \*notifica en 30 de octubre de 1557, que las casas estaban en Roma a un precio cuatro veces más alto que en Nápoles. *Biblioteca del palacio imperial de Viena*.

(4) Cf. Preibisz, M. v. Heemskerck, Leipzig, 1911, y Hoogewerff, *Pintores holandeses en Italia*, 195 s.

una gran parte. y forma ahora un tesoro del gabinete de grabados de Berlín. En esta colección se hallan grandes y pequeñas vistas de Roma, de sus colinas, antiguos monumentos, ruinas, iglesias, palacios, atrios con estatuas y antiguos jardines, diseños inapreciables por su exactitud, de gran valor histórico y arqueológico. Trazados casi siempre en presencia de los mismos objetos, lo reproducen todo como estaba entonces, con escrupulosa fidelidad, sin aditamentos ni exornaciones (1); oportunos suplementos ofrecen otros libros de esbozos de viajeros que iban a Roma, y los grabados de aquel tiempo. Entre éstos sobresale la colección *Speculum Romanae magnificentiae*, del activo editor Antonio Lafréry, quien se estableció en Roma a mediados del año cuarenta del siglo XVI (2).

El segundo alemán es el jurisconsulto de Francfort, Juan Fichard, quien durante su estancia en Roma por el otoño de 1535, tuvo la feliz idea de poner por escrito sus diversas impresiones (3). Estos relatos, escritos con rapidez sobre el terreno en lengua latina, no estaban destinados a la publicación, por lo cual sube de punto su valor. No desmienten en modo alguno la aridez del jurista, pero precisamente por eso son seguros, porque proceden de un observador sobrio y moderado. Sólo raras veces viene a expresarse en Fichard el entusiasmo del humanista por las

(1) Cf. J. Springer en el Anuario de las Colecciones artísticas de Prusia, V (1884), 327 s.; XII (1891), 117 s. y en los Estudios sobre la Historia del arte para A. Springer, 226 s., como también el Inventario crítico de Michaelis, Libros de esbozos sobre Roma, en el Anuario arqueológico, VI (1891), 126 ss.; Hübner, I, 16, 52 s. Cristián Hülsen y Hermán Egger preparan una edición completa de la colección de esbozos de Heemskerck. De esta obra magnífica, que ofrecerá con un catálogo descriptivo 300 dibujos en 180 láminas en fototipia bien marcada, de las cuales 20 contendrán fototipias cromáticas de facsímiles, pude utilizar aún los primeros pliegos por la bondad de los editores.

(2) Cf. el Anuario del Instituto arqueológico alemán, VII, 83 s.; v. Fabriczy en el Arch. d'Arte, VI (1893), 112 s.; Ehrle, *Roma prima di Sisto V*, 11 ss., Hübner, I, 15 s., 34 s., 49 s., 57 s.

(3) La «Italia» de J. Fichard fué publicada por J. C. v. Fichard en el Archivo de Francfort para la literatura e historia antigua alemana, III (1815), 1 ss., con una buena introducción, pero permaneció casi enteramente olvidada, hasta que Schmarsow indicó de nuevo esta fuente importante en el Repertorio para la ciencia del arte, XIV, 130 ss., cuya lectura me entusiasmó por Roma ya en mi primera juventud. Sobre J. Fichard cf. Janssen, *Bohemios*, III, 426, y Jung en el Archivo para la historia de Francfort, II (1889), 209 ss. y la Biografía general alemana, VI, 757 ss. El manuscrito de la «Italia» ha desaparecido (v. Jung, *Crónicas de Francfort*, XX), lo que es de lamentar por los bosquejos que iban adjuntos.

antigüedades. Como verdadero sabio, no goza de las magnificencias de Italia, sino las estudia. Sus memorias son tan importantes como interesantes, no solamente para el conocimiento del estado de Roma, sino también para formar concepto de las ideas de los tiempos de entonces. Las fluctuaciones en el juzgar los restos de la antigüedad, la preponderancia del interés arqueológico sobre la inteligencia del arte, algunos errores muy extraños sobre varias obras eminentes del Renacimiento, todo esto, hasta el empleo de artes mágicas para descubrir un hurto, caracteriza perfectamente el saber y las ideas de aquella época (1).

Fichard observa que tres puntos ofrecen la mejor vista en conjunto de Roma: las alturas del Panteón, del Castillo de Santángelo y del Capitolio. Él mismo confiesa ingenuamente no haber conseguido ninguna buena vista general, por hallarse todo dividido y cortado por colinas y huertos. Como la más hermosa vista total alaba él la que se presenta desde el Monte Caprino, que en aquel tiempo estaba todavía sin edificios, y donde se ponía equivocadamente la roca Tarpeya (2). Precisamente desde donde hoy está el palacio Caffarelli, residencia actual de la embajada alemana, levantó Heemskerck en 1535 su gran Panorama, que felizmente se ha conservado (3). El mérito de esta perspectiva

(1) El nigromante era judío (v. Fichard, Italia, 73). Sobre streghe, sortiere e maliardi nel sec. XVI in Roma trata Bertolotti en la Riv. Europ. XXII (1882), 822 s.; XXIII (1883), 581 s.; cf. también Rodocanachi, Rome, 342.

(2) Fichard, Italia 24, 26, 70.

(3) Reproducido por primera vez, con introducción por de Rossi, en los «Monumentos antiguos», editados por el Instituto arqueológico alemán, tomo II, lámina 12. Cf. además Springer en el Anuario de las Colecciones artísticas prusianas XII (1891), 123 s.; Michaelis, Libros de esbozos sobre Roma 169; de Rossi, Panorama circol. di Roma (Estr. d. Bull. arch. comun.), Roma, 1892. Una reproducción menor puede verse en Rodocanachi, Rome, 217, 220. La fecha que se ha de leer en el Panorama, no es 1534 ó 1536, sino (según Hülsen) 1535; por este medio se libra también uno de la necesidad de extender la permanencia del artista en Roma a más de cuatro años (en vez de tres), en oposición a van Mander. Sobre el gran Panorama de Roma me comunica el profesor Hülsen con la mayor amabilidad, que él y Egger han llegado a la convicción, de que *no es un trabajo hecho por la propia mano de Heemskerck*, sino que procede de un artista holandés contemporáneo, cuyo nombre hay todavía esperanza de descubrir. «Este artista, continúa Hülsen, está también representado en otros dibujos del segundo tomo de Berlín; así por ejemplo, procede de él la vista del Foro, que está reproducida en mi Foro p. 34, fig. 7, y la vista de la plaza de S. Pedro, que se halla copiada en Egger, Vistas Romanas, lámina 19. Además de la manera del dibujo, la diversidad de letra es decisiva: Heemskerck escribía en Roma, como los pocos autógrafos seguros

consiste en la reproducción sumamente fiel de la realidad; y por eso se diferencia de todos los ensayos antiguos, que llevan un carácter esquemático tradicional. El flamenco ha trabajado con diligencia verdaderamente alemana y con tan escrupulosa exactitud, que se puede bien decir, que su Panorama se parece a un dibujado recuerdo de despedida de la Ciudad Eterna. Cuanto más se estudian los pormenores, tanto más claramente se reconoce cuán grande importancia histórica poseen sus diseños. El artista, que hace describir un círculo a los ojos del espectador, comienza al lado izquierdo por el Aventino, y dando la vuelta por el oeste, norte y este, torna a parar a este monte. A sus pies ve el espectador ante todas cosas el templo de Sta. María in Cosmedín, la Casa de Cola di Rienzo, el Puente de Sta. María (Puente Roto) todavía no destruído, y el puerto lleno de vida con multitud de embarcaciones; a lo lejos el Janículo con S. Pedro Montorio y la Puerta de S. Pancracio doblemente torreada. Más allá a la derecha se eleva grandemente en primer término el castillo de los Savellis, edificado dentro del teatro de Marcelo, y detrás la ciudad antigua con su laberinto de casas, torres fuertes e iglesias. Como edificios que descuellan a lo lejos, aparecen el extenso palacio de la Cancelaría, la torre aguda de S. Agustín, la cúpula achatada del Panteón, la columna de Marco Aurelio, todavía no coronada con la estatua del Apóstol, y el Palacio de S. Marcos. Muy bien ha reproducido el artista, cómo la ciudad propiamente dicha es dominada por el castillo de Santángelo, transformado en un baluarte, que amenaza ceñudo, en lo alto del cual ondea la gran bandera del Papa. Del Borgo sobresale eminente el Vaticano, y junto a él la veneranda iglesia de S. Pedro y las gigantescas construcciones del nuevo edificio de Bramante. Síguese en primer término, como centro propiamente dicho del Panorama, la colina Capitolina vista de lado, que no muestra aún el orden que le dió Miguel Angel. Se ve la plaza del Capitolio con el obelisco y la célebre palmera, que estaban entre el palacio de los Senadores y la iglesia de Sta. María de Araceli. A lo lejos se levanta la gran

del primer tomo lo demuestran, en un carácter enteramente del norte, mientras los nombres que hay en el Panorama, puestos seguramente por el dibujante contemporáneo, se aproximan a la forma de letra de los italianos.—Cuanto a la fecha, quiere leer Egger 1536, de lo cual no estoy yo del todo persuadido, pero esto es de menos importancia, si queda descartado Heemskerck como autor.»

Torre de las Milicias; más allá hacia el norte, en la solitaria región de los collados, que forma el fondo, aparecen la basílica de Santa María la Mayor con el gran palacio patriarcal, la torre de los Contis, entonces todavía muy alta, y muy ligeramente esbozados los gigantescos pórticos de las termas de Diocleciano, como también la basílica de Letrán. A los pies del espectador está el foro animado por rebaños de bueyes con la basílica de Constantino, el arco de Septimio Severo, los restos del templo de Saturno, el bello pórtico del templo de Faustina y Antonino y las tres columnas del templo de Cástor, y a la derecha la enorme masa del Coliseo, el arco de Tito y Sta. María la Nueva (Sta. Francisca Romana). Hacia el este se reconocen a los pies de la roca Tarpeya los templos de Sta. María de la Consolación y de S. Teodoro, y los monumentos del Velabro. A ellos miran desde arriba las ruinas de los palacios de los emperadores. También se puede reconocer claramente el Septizonio y asimismo Sta. Anastasia con su campanario, y la escalera, por la que se subía antiguamente a esta iglesia. A la derecha el Aventino con el castillo de los Savellis, coronado de almenas, forma el término de este maravilloso panorama.

Si se abarca con una mirada todo el conjunto, sorprende muchísimo, cuánto predomina todavía el carácter medieval en este cuadro de Roma. No solamente en el Transtíber, sino también en otras partes se erizan cual agujas hasta el cielo aquellas numerosas torres de castillo, de que estaban provistas en otros tiempos todas las moradas de los hombres ilustres, especialmente de los cardenales (1), y que se conservaron también todavía más tarde como señal de nobleza. Cuadradas, dotadas de troneras y coronadas de almenas, recuerdan los tiempos sanguinarios. Como la más elevada de estas torres aparece la Torre de las Milicias, la legendaria Torre de Nerón, que tan gran papel representa en las vistas medievales de la Ciudad Eterna (2). La torre principal del pala-

(1) Cf. Albertini, *Opusculum de mirabilibus novae urbis Romae*, ed. Schmarsow, Heilbronn, 1886, 31.

(2) Esta torre, edificada en el pontificado de Gregorio IX, mudó repetidas veces de poseedores, pero en 1546 se hallaba de nuevo en posesión de la familia Conti (Lanciani, *Il Panorama di Roma delin. da A. v. d. Wyngaerde ca l'a. 1560*, Roma, 1895, 13, y *Nuova Antologia*, 1912, 165 s.). Falta todavía un trabajo especial sobre las torres de Roma. Cf. entre tanto Adinolfi, *La torre de Sanguigni*, Roma, 1863; *Giorn. Arcadico* 1889, II, 282, 373; III, 49; Gnoli, *Roma*, 135 ss., 138 ss., 152 ss.; Dengel, *S. Marco*, 76; Sabatini, *La Torre dei Cenci*, Roma, 1906; *La famiglia e le torri dei Frangipani in Roma*, Roma,

cio del Senado que hay en el Capitolio, con sus almenas y las linternas en los cuatro ángulos, lleva aún enteramente el sello del siglo XIV. Mas también en las iglesias se ven casi sólo campanarios medievales; las pocas cúpulas del tiempo de Sixto IV desaparecieron casi del todo a consecuencia de lo bajas que eran, mientras hoy precisamente las numerosas cúpulas de la época del estilo barroco dan al cuadro de Roma el singular carácter de solemne majestad.

No menor extrañeza causa la pequeñez de la ciudad propiamente dicha en relación con la gran porción de terreno todavía sin edificar, donde se hallan las antiguas ruinas confusamente desparramadas, y se alzan solitarias varias basílicas y monasterios. Forma vivísimo contraste esta tranquila región de grandes tiempos pasados con la ciudad de la época presente.

La oposición entre el terreno habitado e inhabitado, que circundaban los muros aurelianos, exprésase también claramente en el Panorama de Hendrik van Cleve (1), dibujado en 1550, y en el gran plano de la ciudad, grabado en madera, que trazó Leonardo Bufalini a fines del pontificado de Paulo III, y publicó en tiempo de Julio III en 1551 (2).

Faltaba a Roma un centro, pues el Vaticano, la residencia de los Papas del Renacimiento, estaba situado en los límites del paraje de la ciudad, lo mismo que el palacio de Letrán, asiento de la Cabeza de la Iglesia en la edad media. La *Ciudad Leonina* o *el Borgo* quedó siendo también en tiempo de Paulo III y sus inmen-  
1907; *La famiglia e le torri dei Crescenzi*, Roma, 1908. Es muy característica para la Roma anterior a la época del barroco la relativa poca altura de las casas, que se observa en los Panoramas de Heemskerck. La cúpula de San Agustín, por ejemplo, que hoy casi desaparece en el cuadro de la ciudad, se eleva mucho sobre todo el Campo Marcio en el Panorama y asimismo en varias vistas parciales (f. 16: Perspectiva de Villa Madama; f. 58: Panorama del Borgo); una cosa semejante sucede con la iglesia de S. Homobono, que está al pie del Capitolio, la cual con dificultad puede hoy la vista distinguir entre las masas de casas, que la rodean.

(1) Conservado en el Gabinetto nazionale delle stampe (F. N. 3379), de Roma. V. Bártoli en el *Bull. arch. comun.* XXXVII (1909), 3 ss.

(2) El plano de Bufalini es de inapreciable valor para conocer la topografía de Roma, y junto con el de Du Pérac (ed. Ehrle, Roma, 1908), trazado en 1577, da una clara imagen del aspecto y disposición que presentaba Roma hacia la mitad del siglo XVI, antes de las grandes transformaciones de Gregorio XIII y Sixto V. Una nueva edición sobre el fundamento del ejemplar de la Biblioteca Vaticana, la debemos a Ehrle: *Roma al tempo di Giulio III. La pianta di Roma di L. Bufalini del 1551*, Roma, 1911.

diatos sucesores, lo que había sido en el pontificado de Julio II y de los Papas Médicis, el distrito eclesiástico propiamente dicho, al cual de una vez para siempre se había impreso su carácter con tres grandes edificios: la antigua y venerable iglesia levantada sobre el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, el castillo de Santángelo y el palacio del Vaticano, que encierra los más nobles tesoros artísticos. A esta parte de la ciudad, asegurada en tiempo de Paulo III y Julio III con nuevas fortificaciones, más tarde, por el Vaticano llamóse también Región (*Rione*, barrio, distrito) del Vaticano; y formó desde Sixto V la décimacuarta de las regiones, en que Roma fué dividida (1). La calle principal del Borgo, que se llamó Vía Alejandrina, de Alejandro VI que la hizo construir, y ahora se denomina Borgo Nuovo, la elogia Fichard como un camino real (2). Paulo III la hizo empedrar de nuevo. Este cuartel, maltratado con singular dureza en el saco de 1527, volvió a cobrar con el tiempo su antiguo carácter y esplendor. A los magníficos palacios, que se habían aquí erigido para Branconio dell'Aquila, para Rafael, como también para los cardenales Domingo della Róvere, Adrián Castellesi, Soderini, Pucci y Accolti (3), añadieronse todavía diversos nuevos edificios, entre los cuales descollaba el palacio Cesi (4). Después que hubo muerto en 1537 su fundador, el cardenal Pablo Emilio, este edificio, situado

(1) Cf. Mocénigo-Albèri, 39; Adinolfi, La Portica di S. Pietro ossia Borgo nell'età di mezzo, Roma, 1859; Reumont, III, 2, 657.

(2) V. la \*Taxa per lo matonar la via Alexandrina del Borgo di Roma, fechada el 22 de octubre de 1544 (Mandat. 1543-1545, p. 195. *Archivo público de Roma*). Qué forma presentaba la vista del Borgo Nuovo hacia 1560, lo muestra el dibujo de Juan Antonio Dosio, reproducido por Egger, Vistas, lámina 16. El profesor Hülsen me hizo también reparar en la rara y poco advertida lámina de Hendrick van Cleef «Burgus Romae» (en sus *Ruinarum varii prospectus*, grabados por Teodoro Galle), que completa a Dosio, por cuanto representa también la mayor parte del lado sur de este sitio hasta cerca de S. Gregorio in Cortina.

(3) Cf. nuestros datos del vol. VIII, 103, y Rodocanachi, Rome, 24 s., 186 s. En el palacio de Dom. della Róvere (cf. Ferri, 21 s.), al principio del reinado de Julio III, habitaba el card. Juan Salviati († 1553); v. Bufalini B.

(4) Ahora Colegio de Sta. Mónica, Via S. Uffizio, n.º 1, y en lo esencial todavía bastante bien conservado (cf. Gnoli en el Bull. d. Ist. Germ., XX, 267 s.). A las colecciones artísticas del cardenal Cesi se refiere un \*breve de Paulo III al dux de Venecia, de 2 de enero de 1546, en el cual se habla de una herencia de monedas y una estatua de Escipión Africano de jaspe, de las cuales había quedado despojado el cardenal por una sentencia. Arm. 41, t. XXXV, n. 10. *Archivo secreto pontificio*.

a la izquierda de S. Pedro, junto al muro de la ciudad, llegó a poder del hermano de Pablo, Federico, de no menor gusto artístico, quien recibió la púrpura en 1544. En el jardín de Cesi, que dibujó Heemskerck y visitaba todo forastero culto, había numerosas antigüedades, como el Sileno que se halla ahora en la Villa Albani, y las dos estatuas de bárbaros, que en 1720 fueron trasladadas al palacio de los Conservadores. La colocación en parte modificada de estas esculturas, que dispuso Federico Cesi, consta por una descripción compuesta en 1550. De toda la colección, la más importante de las privadas del tiempo de Paulo III, después de la de Valle, hoy sólo han quedado unos pocos restos (1).

El estado de la residencia pontificia a los comienzos del reinado del Papa Farnese lo describe Fichard, quien hace notar ante todas cosas su grande extensión, pues el Vaticano formaba un conjunto de palacios. La subida tenía la forma de terraplenes escalonados; en su parte inferior vivían y trabajaban los empleados curiales, y en su piso de en medio residían elevados dignatarios y también algunos cardenales, como Nicolás de Schönberg en tiempo de Paulo III. Fichard elogia en el Vaticano su grandeza, su suntuosidad y su riqueza en galerías (*loggias*), aposentos, salas y en accesos por los cuales se podía subir cabalgando hasta el último piso. Como cosas especiales dignas de verse, hace resaltar la Capilla Sixtina, la copiosa biblioteca y el Belvedere, incomparable por su situación y sus vistas, con la escalera de caracol de Bramante y el célebre patio de las estatuas (2).

La descripción de Fichard es la primera completa y bien ordenada de esta famosa colección de antigüedades. En ella ha hecho él en un caso, observaciones más agudas y acertadas, que Ulises Aldrovandi, cuya estadística de todas las antigüedades existentes en Roma, hecha en 1550, se califica como una guía notable por su grandísima exactitud y seguridad (3). La descripción del

(1) V. Michaelis, Libro de esbozos sobre Roma, 139 s.; Aldrovandi, 122 s.; Hülsen Egger, I, 14 s.; Hübner, I, 87 s.; Burckhardt, Documentos, 559 s. Sobre la visita que hizo Rot a esta colección, v. su Itin. Rom., 262.

(2) Fichard, Italia, 47-49.

(3) Delle statue antiche, che per tutta Roma in diversi luoghi e case si veggono di Messer Ulisse Aldroandi, en Lucio Mauro, Le antichità della Città di Roma, Venetia, 1562, 115 s. (obra publicada por primera vez en 1556). Cf. Revista de Arqueología, 1876, 151 s.; Burckhardt, Documentos, 553 s.; Hübner, I, 29 ss.